

Gabriel Jiménez Emán

LA GRAN JAQUECA y otros cuentos crueles

CARAVASAR LIBROS

Gabriel Jiménez Emán

La gran jaqueca y otros cuentos crueles

CARAVASAR LIBROS

Para los antiguos egipcios
el símbolo de la precisión
era una pluma que servía de pesa
en el platillo de la balanza
donde se pesaban las almas.
Aquella pluma ligera se llamaba Maat,
diosa de la balanza.

Italo Calvino

FETICHES

Tiene en su habitación una colección de afiches de mujeres desnudas y fotos de revistas eróticas donde ejemplares femeninos lucen sus figuras en posiciones excitantes. Una vez que se ha saciado en su onanismo, se ha bañado y arreglado, sale a trabajar en la oficina, donde mira tímidamente a las mujeres de allí y a otras que llegan, muchas de ellas jóvenes, hermosas y algunas insinuantes. No se atreve a acercarse a ninguna, pues no puede superar su excesiva timidez. Aún cuando en un par de ocasiones ha estado a punto de decidirse a manifestar abiertamente sus sentimientos, no lo ha logrado. Pero algún día lo conseguirá, esto es lo que piensa, mientras se dirige a su casa por la noche y, una vez en su habitación, Susana se lo promete a si misma una y otra vez delante del gran afiche de Marilyn, su gran diosa.

ADIÓS A LAS ARMAS

Emilio Garrido odiaba la milicia pero fue educado para ser militar y no tenía otra salida. Eran tiempos de guerra y evadir la carrera que le había indicado su padre le hubiera hecho las cosas aún más difíciles. El día en que obtuvo el grado de Capitán apenas podía creerlo. Asistió a la fiesta de celebración a regañadientes. Ahí estaban sus compañeros de estudio, a quienes trataba sin afabilidad. Les saludó por pura formalidad, compartió unos breves momentos y luego se despidió de ellos. Salió por la noche a dar un paseo y, luego de varias vueltas, se sentó en el banco de una plaza a sopesar su absurdo destino de soldado; arrojó su gorra y sus condecoraciones a un tacho de basura cercano y vio cómo se mezclaban aquellos emblemas de honor a restos hediondos de comida. Siguió andando y más adelante entró a una licorería; adquirió una botella de whisky y se la llevó a su cuarto. Bebió dos tragos dobles con hielo antes de meterse a la ducha; se despojó casi con asco de sus ropas de militar y se vistió de civil. Luego salió a la busca de cualquier bar, a distraerse un poco.

Entró a uno de decoración muy atrevida. Hacía tiempo no visitaba un lugar así, lleno de mujeres desinhibidas que lo miraran a él y no a un uniforme. Las mujeres bailaban y bebían, hablaban con hombres en las mesas. Se acodó a la barra, pidió un trago y vio a una pareja acariciarse; esto le excitó y le incomodó a la vez. Trató de concentrarse en la música y observó a una mujer que comenzaba a hacer un striptease en una

tarima iluminada, al compás de una música. La pareja se excitaba más y él optó por retirarse. Se sentó a una mesa donde fue atendido por una mujer atractiva y entrada en carnes; ésta le preguntó si quería compañía y el dijo que sí. Ella se sirvió bebida y comenzó a preguntarle a Emilio cosas de su vida privada, que le hicieron sentir incómodo.

Hubo un ruido en la barra, un movimiento pesado. Una mujer gritó. Después un hombre profirió unos insultos. Emilio miró a la barra y advirtió que era la pareja que hacía unos momentos se acariciaba cerca de él. El hombre tomó a la chica de las muñecas y ésta le propinó una patada. Él la soltó y la amenazó con un arma. Emilio se paró de la mesa y se acercó a ellos tratando de apaciguar sus ánimos, y el hombre reaccionó diciéndole que no era asunto suyo y otras cosas por el estilo; Emilio insistió en calmarlos y el hombre le dijo que si no se apartaba le metería un balazo. Creyendo que el hombre podía cumplir su promesa, Emilio se llevó la mano al cinto buscando su acostumbrada pistola. Justo en ese instante recordó haber renunciado a su condición de militar y sintió el impacto del balazo en la cabeza. Por fortuna la bala no le mató. Se recuperó más pronto de lo pensado, sólo quedó un tanto atolondrado de por vida y le han conseguido un empleo como organizador de mercancía en el almacén militar.

ETERNA JUVENTUD

Oskar Ordóñez tenía noventa y cuatro años, pero su estado físico era excelente. Familiares y amigos bromeaban con él rogándoles les dijera dónde había conseguido la fuente de la juventud, pero ni él mismo se explicaba el fenómeno. Murió a los noventa y seis años y su cadáver lucía tan fresco y apuesto que la ciencia médica le tuvo como un caso atípico, sin haber podido nunca determinar cómo había permanecido así, sobre todo teniendo en cuenta que Oskar era un hombre urbano que disfrutaba de cigarrillos, bebidas, comidas y fiestas en abundancia. Especulaciones periodísticas y hasta ocultistas dicen que sus cuatro hijos de 21, 23, 25 y 27 años respectivamente habían ido muriendo en un lapso menor de dos años, todos de enfermedades terribles y desconocidas.

LA GRAN JAQUECA

Cecilia no soportaba la cabeza. Le dolía arriba y abajo, los ojos, la garganta, las sienes, la parte del cráneo, a veces los oídos y hasta el cuero cabelludo le dolían. Los calmantes, tratamientos, operaciones, no daban resultado. Migrañas, jaquecas y neuralgias la atormentaban día y noche, y Cecilia decidió quitarse la vida. Como no tenía el valor para hacerlo, prefirió que se la quitaran y así le harían un gran favor.

Así ocurrió. Los amigos la despidieron con un veneno de rápido efecto y que no le causó ningún dolor. El día del entierro, el demonio, que se presentó al sepelio disfrazado de doliente, le comentó a uno de los asistentes, al oído y a espaldas de los familiares de Cecilia, que habían cometido un error: antes de ser sepultada tenía que haber sido decapitada.

EL VIEJO FÉLIX

El viejo Félix se sentaba en la esquina —en toda la orilla del gran escalón— se quitaba el sombrero para rascarse la cabeza y miraba hacia las colinas lejanas del valle azul de Yaracuy. Era su manera de descansar luego de la faena diaria de trabajo, ayudando a mi abuelo en el negocio de los cambures pasados. Él era quien los transportaba del mercado a la casa en una carretilla. Graciosa era la manera que tenía el viejo de ladearse el sombrero y sonreír de lado y de caminar para la izquierda. El viejo Félix vivía de lado, veía el mundo al sesgo por las rendijas de sus ojos y quizá esa era la clave de su personalidad. Mascaba su chimó, y se empinaba de vez en cuando su carterita de aguardiente. Todo él era un gran olor a cambur pasado, hojas aromáticas de tabasca, bayrum y frutas añejas. Hablaba con una sonrisita cantora y, cuando algo le hacía mucha gracia, se asfixiaba con la risa y tosía.

Un día un viejo más viejo que él le contó un cuento cómico de su infancia que hizo reír al viejo Félix hasta pararle la respiración. Se puso rojo, tosió y se atragantó con la risa. Luego comenzó a derramar una saliva de varios colores, un hilillo de saliva rojo, verde, amarillo y azul. El cauce de la flema corrió por la avenida y al final llegó al jardín de una casa, por donde trepó a un árbol, poniendo el tronco y las hojas de un color turquesa muy bonito.

Los pulmones del viejo Félix no dieron más. Tosió por última vez y de su garganta salió un gran caramelo con olor a frutas, que rápidamente se fue derritiendo en el patio con el fuerte sol de Yaracuy. El

cuerpo del viejo se fue desinflando, hasta que de él sólo quedaron en la tierra los calzones, la franela y las alpargatas, medio tapados con el viejo sombrero oloroso a cambur pasado.

PEQUEÑO CIELO

Cuando muera, no quiero ir a un cielo grande, de extensión inmensa y de promesas cumplidas. No me engaño al saber que lo merezco: he sido bueno, he sacrificado mi vida por los demás y nunca he hecho mal a nadie, ni siquiera por olvido u omisión. He sido fiel a mi mujer y he creído en el Señor hoy, antes y después; por encima de todo creo en el Señor Todopoderoso y en que alguno de mi familia ha de seguirme.

Por todo ello, pido cuando muera ir a un cielo pequeño, privado, donde vuelva a encontrarme con mi padre y mi madre y ver cómo ellos se besan y aman, y entonces yo vuelva a estar en el vientre de mi madre, chupando con fruición el pequeño cielo de mi dedo pulgar.

SUPERVIVENCIA

El hombre se asomó al jardín a mirar la noche. Estaba ahí, casi redonda, emitiendo unos destellos azulosos. Le parecía una ficción que él hubiese vivido allí antes, que sus padres le hubiesen dado la vida en aquel lugar tan ignoto, en aquel planeta cuyas aguas y aire no permitían ya la vida de las especies animales y vegetales. Apenas el sol prestaba un poco de su luz para hacer visible la tierra durante aquella noche más bien oscura, donde aquel hombre, como otros tantos a esas horas, contemplaban a duras penas los astros y las estrellas desde Marte, el planeta a donde ahora se había trasladado la especie humana, en su permanente búsqueda de supervivencia.

EL MÉTODO DEDUCTIVO

Al abrir el periódico, vio que el asesino le apuntaba desde la foto. Lo cerró rápido, antes de que la bala pudiera alcanzarle en la frente. Dejó el periódico a su lado, todavía humeante.

LA MANO

Orlak se miraba la mano luego de salir de la famosa película, la cual había inspirado a sus padres a ponerle aquel nombre. La verdad, Orlak odiaba esta película y detestaba su propio nombre, que le parecía tétrico y ridículo. Sin embargo, lo había soportado pese a las bromas que le gastaron en la infancia. Varias veces reclamó a su madre la razón de aquel nombre y ella hizo recaer la responsabilidad sobre su marido Ernesto, quien desde su adolescencia había sido impresionado con la célebre película. Pero Orlak no se atrevía a reclamarle a su padre, un hombre de carácter duro y autoritario.

Sin embargo el día en que Orlak cumplía los dieciocho años se atrevió a enfrentar a su padre.

–Me has hecho infeliz con este nombre –le dijo.

–Ya lo sé, hijo, y lo siento –le replicó el padre–. Pero no tenía otra salida. Si no te ponía ese nombre estaba condenado a tener para siempre una mano asesina que, en cualquier momento, podía estrangularme.

–¡Pero papá! –gritó Orlak–. ¡Esa sólo es una película y nada tiene que ver con nuestras vidas!

–Eso pensaba yo –respondió Ernesto–. Pasado un tiempo conocí a Peter, el actor protagonista, y él me comentó que para poder librarse del maleficio de la mano había tenido que ponerle a su hijo el mismo nombre del personaje. Yo le argumenté lo mismo que tú a mí ahora y él me dijo que esa película ya había causado suficientes problemas a muchas personas.

–Pero fuiste injusto conmigo. Hoy he decidido cambiarme el nombre y abandonar esta casa.

–Puedes hacerlo, pero te advierto que corres el peligro del maleficio. Si abandonas tu nombre, la mano te asesinará.

–Ya he planeado irme a otra ciudad y librarme de todo esto con un nuevo nombre y una nueva vida.

–No puedes, hijo, te digo que corres peligro.

–Sí puedo –dijo Orlak–. Mira. Y le mostró un muñón recién cortado.

Al ver esto, el padre de Orlak se sintió turbado. Mareado, se dejó caer en un sofá.

–Qué alivio, pero todavía me queda una duda: saber si cortaste la mano debida.

–Quien tomó la iniciativa de cortar la mano derecha no fui yo, papá, fue la mano izquierda. El bien le ha ganado una batalla al mal, por raro que parezca.

–Es la mejor noticia que he oído en mucho tiempo –le dijo al antiguo Orlak. Y agregó con alivio incomparable–: que seas feliz.

LA VERDADERA HISTORIA DE MARÍA LIONZA

El sabio Jiménez Sierra me concedió cita en un bar del centro de la pequeña ciudad de San Felipe. Yo estaba muy ansioso por escuchar su versión, pues era la persona viva más autorizada en la materia y yo estaba confundido –más valdría decir atónito– con un fortuito descubrimiento que había hecho en casa de mi abuela. Jiménez Sierra había oído y leído innumerables versiones de la historia de María Lionza, la cual como se sabe constituye el mito venezolano más importante y ha sido objeto de estudios serios, como también de lamentables deformaciones. Me dijo, sin embargo, que su versión era completamente nueva y deseaba confiármela, antes de partir de viaje a Europa, pues no sabía cuánto tiempo estaría ausente. Ordenó un Campari, saludó con cordialidad a la gente del bar y de inmediato pasó a narrármela:

“El mito de la reina María Lionza proviene de la época del fugaz imperio de Buría, fundado en la región de Nirgua –en el estado Yaracuy– por el famoso negro Miguel. Dicho mito fue establecido por su mujer, la reina indígena Guiomar, a raíz de la derrota que a Miguel le infligieron los españoles, comandados por el Capitán General Juan de Villegas en 1552, quien fundó la ciudad de Nueva Segovia –la actual Barquisimeto– en las vegas de Buría, donde por cierto falleció al año siguiente.

Miguel fue muerto en la refriega. Pero su mujer Guiomar –o sea María la Guiadora– logró escapar de la masacre, yendo a refugiarse en su huida hacia las

montañas que hoy se conocen con el nombre de Sorte y Savayo, bañadas por las aguas del río Yaracuy, en la jurisdicción del actual Municipio de Bruzual.

Así Guiomar, la fugitiva esposa del derrotado Negro Miguel, logró permanecer escondida por largos meses en las cuevas y grutas formadas en la falda de los barrancos que rodeaban al río Yaracuy. Durante aquellos largos días de expectación y de angustia, acompañada por algunas mujeres y por otras personas fieles de su efímera corte, la fallida reina Guiomar se dio a fundar con su nombre de MARIA GUIADORA un culto religioso dedicado a los genios locales del paraje, en parte regional indígena y en parte africano, con reviviscencias de misticismo panteístico que, al correr de los años, llegó a constituir el culto que hoy se le rinde por medio de ceremonias mágicas de antiquísimo origen a la Reina María Lionza.

Guiomar comenzó a tener comunicación efectiva con animales del paraje, en una selva donde abundaba una flora impresionante (todas las heliconias de la tierra, todas las variedades de orquídeas, bromelias y otras flores que nadie ha visto en ninguna otra parte del planeta) especialmente con una danta o tapir hembra que llegó a montar, y también con pumas, chivos, jaguares y boas, que la acompañaban en sus oficios religiosos. La danta que montaba María Lionza era invulnerable a toda cosa física y maleficios, así como a oraciones, incluyendo a las oraciones cristianas. Con sus poderes, Guiomar podía sanar enfermedades y calmar graves dolencias, así como alejar a envidiosos, ladrones, saqueadores y avaros. Con la ayuda de sus piaches indios podía petrificar a toda esa gente mala. Pero también podía procurar fortuna, si se le rendían los debidos tributos. Los pocos visitantes de

aquellos parajes que lograban verla quedaban prendados de ella y la seguían embrujados a donde iba: militares, monjes, hombres del campo y otras personas se sometían a un extraño embrujo en cuanto la tenían delante. Sin embargo, las autoridades civiles y eclesiásticas la persiguieron durante mucho tiempo y trataron por todos los medios de acabar con un culto religioso que empezaba a tener una gran fuerza entre los pobladores y ciudadanos de las ciudades del Occidente de Venezuela”.

Hasta aquí el relato del sabio Jiménez Sierra. La información que yo poseo refuerza la leyenda. La resumo

Se adentró entonces María Lionza con su pequeña corte en la montaña de Sorte y esperó allí a un cura y a un coronel, y de manera expresa los embrujó. Ellos fueron los responsables de defenderla en adelante; la Corona Española, por intermedio de la iglesia, no aceptaba estos cultos; sin embargo aquel cura hechizado por Guiomar, a la sazón párroco de la iglesia del pueblo de Nívar, la protegió asociando su nombre al de una virgen cristiana: Virgen patrona de la Onza del Prado de Talavera de Nívar. Ello no solamente impidió que el mito muriese, sino que perviviese en las figuras santas de la iglesia católica, especialmente en las de la virgen María, tal y como ocurrió con la virgen de Coromoto en Guanare, protegida por el indio Coromoto. Así ha permanecido María Lionza hasta hoy, protegida por el sincretismo de su hermosa imagen de reina con un tocado de flores y un manto azul, sentada en su trono rodeada de jaguares y boas, una verdadera diosa.

Mi curiosidad por ella revivió debido a que soy descendiente de aquel coronel que fue a conocer a

Guiomar con el párroco de Nirgua y quedó, como él, hechizado. Encontré hace algunos meses, en casa de mi abuela, un pesado baúl que había pertenecido a mi tatarabuelo, y en su interior unos viejos papeles donde hablaba con fervor de esta imagen casi mística que nunca pudo olvidar. Este descubrimiento propició mi comunicación con el sabio Jiménez Sierra en San Felipe, cuyas palabras me han hecho constatar, con sorpresa y casi con rubor, el nombre de Guiomar tantas veces citado en los estropeados papeles de mi antepasado.

AMOR NATURAL

Obsesionado en llevar una vida sana y en contacto armonioso con la naturaleza, Arturo se hartó un buen día de la existencia frenética de la gran ciudad que ya le había llevado a los límites de la exasperación. Así que vendió su departamento, su automóvil, dejó su empleo en el Ministerio y, con ese capital, se instaló en un pueblo de los Andes donde la tranquilidad, el aire limpio y las maneras sosegadas de la gente se ofrecían como tablas de salvación.

Al principio todo lucía amable; poco a poco comenzaron a aparecer inconvenientes, que fueron subsanándose. Arturo debió armarse de enorme paciencia para instalarse en la casita y luego para solucionar rencillas y trampas, trucos que creía era imposible fuesen practicados por aquella gente sencilla. Le costó, asimismo, acostumbrarse al silencio de las noches, un silencio excesivo donde cualquier pequeño sonido se convertía en un ruido inquietante.

Arturo hablaba de un modo que no captaban bien las gentes del campo, e hizo un esfuerzo enorme para adaptarse a las pausas y maneras ladinas de pronunciar de los andinos. Sin embargo, lo consiguió. Acondicionó su rústica vivienda y la equipó, se dedicó a sembrar la tierra y compró un carro usado. No le iba mal, no le iba del todo bien, como debía ser.

Algunas mujeres le miraban con picardía. Con una de ellas había cruzado un día algunas palabras. Le gustaba, era verdad, pero ya se presentaría una oportunidad de acercársele. Mirando televisión, leyendo o escuchando música por las noches lograba distraerse. Pensaba a ratos en Viviana: así se llamaba la muchacha.

Un día en que abonaba su terreno, Arturo vio a la chica y se le acercó. La invitó a dar un paseo, luego a comer. Entonces comenzó a frecuentar a Viviana fuera de casa y aquello no gustaba a los padres de la chica. Ella le manifestó su desagrado, agregando en el comentario que sus padres eran insoportables y que deseaba estar con él solamente. Un tanto aturcido por esa afirmación, fue entrando en el ámbito privado de Viviana y progresivamente enamorándose de ella, hasta que un día le hizo el amor en el césped de un prado, junto al río. Alcanzado ese grado de intimidad, decidió unirse a ella. Ella aceptó, pero con reticencias hacia sus padres. No le dijo nada a Arturo, aunque sí sabía la razón. Un hombre amigo de su padre la pretendía desde hacía tiempo. Fue el mismo que caminó una noche estrellada y silenciosa hasta la casa de Arturo y, cuando éste abrió la puerta, el hombre le dio un certero y perfecto machetazo en el cuello que ni siquiera le dio tiempo a Arturo de experimentar ningún dolor. Le enterraron en la cristiana paz de los campos andinos y todos los años el matrimonio, que vive en la antigua casita de Arturo, le lleva flores a la tumba, en el cementerio municipal.

LOS LABIOS DE DIANA

Los labios de Diana tenían el don de besar embrujando. Mas aquel don pronto se convirtió en un grave problema para ella, al descubrir que el embrujo no desaparecía y hasta se volvía obsesión en los otros. Incluso los niños –que son o parecen inocentes– quedaban hechizados con los tiernos besos de aquellos labios. Observando cómo las personas eran presas de melancolías, estados de alelamiento, pasividad, abulia y otras condiciones depresivas o inconscientes, Diana evitó los besos.

Pero un día se enamoró. Le explicó a Tomás, su pretendiente, que no podía besarle, debido al extraño embrujo de sus labios. Le comentó las historias antes sucedidas.

–¿Pero cómo vamos a amarnos sin besarnos? –le repetía Tomás. Él estaba tan enamorado que decidió arriesgarse a caer en el fatal embrujo. Así se lo hizo saber a Diana.

–No puedo hacerte eso –respondió ella–. No puedo embrujarte y embobarte como a los otros.

–¿Por qué no? –dijo él–. Yo lo estoy haciendo de manera consciente y lo deseo así de todo corazón.

–Me niego, Tomás.

–Entonces renunciaré a ti. No puedo amarte a medias.

Diana, temerosa de perder para siempre a Tomás, aceptó. Acordaron el beso en un hermoso jardín, a las cinco de la tarde. Llegó el día en que una fresca brisa los acariciaba. Diana presentía el aliento de su boca, la caricia de sus labios, su lengua, sus dientes, su paladar, de su toda ella para entregarse en aquel

beso a Tomás. Y Tomás quiso estar a la par. Unieron sus bocas en el beso, que duró unos siete minutos. Embelesados, separaron sus labios. Diana vio la reacción de su novio.

En efecto, Tomás comenzó a palidecer y se sentó en el viejo tronco de un árbol caído. Sus ojos se tornaron vidriosos y su mandíbula se abrió. Luego se tendió sobre la grama del jardín. Diana vio cuando el semblante de su prometido empezó a ponerse lívido y sus facciones a adquirir rasgos desencajados, extraños para ella. Tomás no logró hablar más ni reconocerla a ella en adelante.

Diana no pudo soportarlo. Fue hasta su habitación, se sentó frente al espejo y besó a su propia imagen en los labios largamente, hasta que fue perdiendo fuerza, desvaneciéndose y quedando sin vida en la tibia alfombra de su cuarto.

MANÍAS DEL PENSAMIENTO

Aguardó a que llegara una idea y ésta no comparecía. Siguió esperando, pero ni la idea ni algo que se le pareciera asomaba a su mente, a su imaginación, cerebro, sensibilidad o como se llamara. Nada recibía, ni el menor signo de algo que semejara a una idea aparecía. Nunca antes le había ocurrido.

Miró la página en blanco y ésta le produjo un horrible vacío en el pecho. Miró el paisaje desde la ventana de su casa, y le pareció más feo que de costumbre.

Entonces el escritor comprendió que las ideas no llegan a nosotros, sino que nosotros llegamos a ellas sin que podamos explicarlo.

LA RESPONSABILIDAD DEL BEBEDOR

El hombre que bebía de la botella infinita se empinó de una buena vez el preciado licor y, cuando se lo hubo bebido todo, se preparó a enfrentar las obligaciones rutinarias del día, que sobrepasaban con creces cada uno de los placeres que se había procurado con el contenido de la botella.

EL MEJOR APRENDIZAJE

Al fin aprendí a escribir. A leer, a redactar una carta, a rendir un examen y un informe, y a redactar un artículo. Después de algunos ejercicios de narrativa de ficción me atreví a escribir al Juez y a mis familiares unas cuantas líneas donde les expongo cuidadosamente los motivos de mi suicidio, acto voluntario en el que incurrí después de mucho meditar sobre sus consecuencias religiosas, sobre el duro castigo que me esperaba después. Puedo sin embargo jurarles, desde aquí, que es falso de toda falsedad que los suicidas analfabetas tengamos un infierno peor que el de otros mortales cultos o mejor preparados. El infierno no tiene nada que ver con la literatura o la sapiencia, aunque sí con la fe.

JUAN CORONEL, LECTOR

La única manera que halló Juan Coronel de asegurar la pervivencia de su ser fue escribiendo y leyendo. La escritura literaria le brindaba la posibilidad de ser y crear, pero la lectura le colmaba aún más: le ayudaba a apreciar la vida y el sueño de los otros para hacerlos suyos. De este modo leer para él se convirtió en todo: en amar, crear, ser y, sobre todo, en una manera de alejarse de la futilidad del mundo y de demostrar su desdén hacia él. Así, los libros fueron ocupando un espacio físico importante en su pequeño departamento, y un lugar enorme en su mente y su tiempo.

De este modo, Juan Coronel sustituyó el roce cotidiano con las cosas y seres por el mundo de los libros. A medida que avanzaba en edad, no solamente la lectura, sino el propio peso específico de los libros en cuanto objetos (su organización en la biblioteca al lado de apuntes, cuadernos de notas y fichas) se convirtieron en la máscara perfecta de sus ausencias reales: los hijos que no pudo tener, los padres idos, la mujer que no pudo amar. Consiguió, sin embargo, profesionalizar su pasión y vivir como corrector, asesor, editor o profesor de lengua y literatura por largos años, hasta llegar a viejo. A medida que se adentraba en las páginas amarillentas y vetustas –donde encontraba antiguos comentarios suyos anotados al margen del las páginas– su vista fue mermando considerablemente, hasta que un día se halló completamente ciego.

Vivió entonces del recuerdo de lo que había leído, y cuando la memoria comenzó a fallarle para atraer con

precisión versos, fragmentos, ideas, imágenes o personajes, entonces empezó a acordarse de la vida real que había llevado antes del fatal accidente donde había perdido a toda su familia. En unos breves instantes de aquel día y buscando borrar aquel abominable recuerdo, Juan Coronel apuró su fin cuanto pudo, logrando así morir feliz.

AGORISMOS DE DANIEL KRAUS

Los aforismos son un abuso de la confianza de los demás. Los agorismos, un abuso de la propia desconfianza.

Un aforismo es una suerte de prevención (sentencia); un agorismo es una premonición (renuncia).

Entre lo que se hace y lo que se piensa hay un abismo tan grande que es preferible no dar el salto.

Un día tuve un sueño distinto: veía a una persona descansando en una butaca. Cuando fui a llamarlo era yo mismo: despierto.

La imaginación es la pariente que más quiero: pasa sin saludar por un corredor de la casa. Sabiduría e intuición: amigas que siempre le hacen una reverencia.

La poesía es la forma más peligrosa de acercarse a la realidad. Cuando aparece la poesía, la realidad la increpa.

Lo más eficiente para dilucidar lo inexistente es tener un par de buenas bocas para hablar de nada.

Sentí algunos cambios con la lectura. Triste experiencia que sólo logré comprender cuando tuve en mis manos un libro y le dije a mis ojos: infieles.

Si yo fuese filósofo ya habría perdido la fe. Yo, que coloco dos puntos al final de cualquier frase para recuperarla.

Rechazaba a la claridad tanto como a la oscuridad. Por un acto de amor, un día consiguió la claridad y, sin embargo, no le entendían. ¿Hallaría el rechazo de los demás, ser oscuro?

Leer en la poesía lo que no hay en las palabras. Leer en las palabras lo que no hay en el mundo. Qué triste mundo, qué lugar común. Leer.

Una vez se me ocurrió escribir un poema una docena de veces. Tenía plomo en el pulso y vendas en los ojos, como metáforas.

Darí­a cualquier cosa por hacerte perder la paciencia, ARISTÓTELES.

Este año he visto demasiados muertos. También ellos me habían visto. Ellos vivos y yo vivo. Hoy les envío un trozo de mi incertidumbre.

Me voy desangrando por una tontería; encontré algo que no deseo; conseguí afinar mi instrumento al filo de la piedad, y ya me creo salvado.

LA IMPORTANCIA DE SER UN AUTOR, SEGÚN DANIEL KRAUS

El autor más grande de la literatura occidental se llama Goethe.

Y el más intrigante que va a dar la literatura del futuro se llama Gabriel Kraus.

MONÓLOGO DE DANIEL KRAUS

Si yo realmente fuese yo no estaría aquí tratando de defenderme de esos otros que bajan por el bolígrafo a discutir cosas con otros inconvencionales. En verdad no lo haría si de veras estuviese en la posición de argumentar mejores ideas. Pero no puedo. Me esfuerzo y no puedo de ningún modo argüir razones en contra o por encima de la sinrazón. He vaciado una y otra vez el recipiente y no he hallado el modo la forma el camino de recorrer aquellos pasadizos secretos por donde el yo se cuele tratando de investigar el motivo de ese embargo del ser. De ser yo mismo y no otro más como el que he anhelado. Me inflaría y elevaría como un globo por encima de los acontecimientos y los vería como a partículas en panorámica. Y no sólo a los acontecimientos: también a las ideas que se desposan a las mujeres y a las mujeres que se desposan a los presentimientos. Ya hubiese encontrado la manera de rebasarme para ingresar el reino del ego compacto, del ego impermeable que no puede tener nada. Pero no. De ningún modo ocurre. Yo no soy yo y punto. Tampoco el otro. No coqueteo con la alteridad de bolsillo, siempre ahí con su única cara, con su espejo de un solo lado. En cambio soy otros innumerables que pueblan los lugares de mi desvelo y se meten en el sueño y escarban ahí dentro, en busca de otros otros. Y los encuentran y los hacen chillar y otras veces reír. Y así voy por este mundo, dando coscorriones a mi propio niño atolondrado con el fin de que levante el vuelo y haga volar los otros yoes con innúmeras

asociaciones de hormigas, moscas, arañas y demás insectos nerviosos. Lo puedo demostrar y jurar con esta mano de cinco dedos y con esta otra de siete, y con este pie de diez y con este otro de tres dedos. Lo juro por el Dios de los Cielos que yo no soy únicamente yo y que he sido otros en tantas partes antes de nacer, y ahora que he muerto lo digo con más propiedad y más vida en esta mano mía que escribe que en cualquier otro de mis órganos y sin ningún remordimiento.

EL HOMBRESPEJO

Después de una mañana pesada, el Hombrespejo se dirigió al parque, compró el periódico y se sentó en la grama a descansar. Hojeó el diario un rato, sin leerlo, tocó la hierba y algunas hojas secas; oyó el canto de los pajaritos. Recostado al pie de un árbol, se quedó dormido unos minutos. Algunos de aquellos pajaritos se pararon en su hombro derecho y, al comenzar a moverse, se vieron reflejados en la cara del Hombrespejo, y cuando éste despertó los pájaros volaron y él sonrió con cierta esperanza. Su embarazosa condición de reflejar las cosas del mundo ahuyentaba con frecuencia sus escasos ratos de felicidad.

Había trabajado en varios circos, pero su figura ya casi no impresionaba a nadie. La gente mas bien rechazaba saber que el Hombrespejo carecía de personalidad, lo cual le llevó a dejar el mundo del circo.

También estuvo empleado en varios locales nocturnos, donde los showmen hacían bromas con él. Casi siempre se retiraba a la barra, donde comenzaba a beber, a veces en exceso. En uno de esos locales conoció a una prostituta de ojos grises, que le hacía compañía por momentos, cuando no había demasiado trabajo en el dancing bar.

–Tus ojos tienen cierta candidez dolorosa –le dijo una noche el Hombrespejo a la prostituta de los ojos grises–. Son los ojos más bellos que he visto.

La prostituta lo miró con enorme deseo y esa misma noche se fueron a un cuarto de hotel a hacer el amor. Nunca el Hombrespejo había experimentado un placer como el de aquella vez. Fueron de nuevo al bar. Fumaron, bebieron,

bailaron. El Hombrespejo vertía los tragos en forma de cascada desde el vaso dentro de la superficie pulida de su rostro y aquello era para los presentes un gran espectáculo. También las bocanadas de humo salían desde aquel fondo cristalino que reflejaba las luces del bar, las luces de neón que alegraban la pista donde ahora bailaban y se acariciaban. La prostituta de los ojos grises estaba enternecida por estar haciendo tan feliz a aquel hombre.

Comenzaron a salir, a compartir los bombones y los crepúsculos, las películas y los almuerzos. Aquello era una cosa que valía la pena, una cosa verdadera. Pero la felicidad nunca es completa, siempre es efímera y huidiza.

De pronto a la prostituta de los ojos grises no se la vio más por allí. Todos esperaron su regreso: el dueño del dancing bar, los clientes y, por supuesto, el Hombrespejo. Pero ella no apareció. Entonces el Hombrespejo se marchó del bar; no podía soportar que ella se hubiese ido sin siquiera despedirse, sin dejarle un saludo o una nota. Durante un tiempo prefirió empleos donde no pudiese ser visto, haciendo cosas tan disímiles como las de vigilante nocturno en la morgue o encargándose de la limpieza de un convento. En este último empleo fue muy bien tratado por las monjas, pero también vivió la desgraciada felicidad de verse atraído por una de ellas, la cual a su vez parecía corresponderle. Se llamaba Adriana y había sufrido mucho por tener una boca demasiado sensual, que hacía perder el control de hombres de todas las edades, y hasta de algunas mujeres.

Cuando el Hombrespejo vio la boca de Adriana por primera vez, la parte izquierda de su cara vidriosa se fracturó y quedó desde entonces así. Ni siquiera los

ojos grises de la prostituta desaparecida habían causado tal impacto en sus sentidos. La situación empeoró cuando Adriana se despidió de él con un beso inocente. Imaginando la cantidad de conflictos que se aproximaban, el Hombrespejo resolvió abandonar su nuevo empleo. Inesperadamente Adriana le dijo una tarde:

–Me gusta tu rostro que refleja las cosas del mundo. A veces se parece al rostro de Dios.

–Mi rostro carece de profundidad, madre Adriana –le respondió él–. No expresa nada mío, no refleja nada de lo que yo siento, sino de lo que sienten los demás.

–Eso no es verdad –le respondió ella–. Yo veo en él muchas cosas tuyas; por ejemplo, la fuerza de su amor a Dios.

–No estoy aquí por amor a Dios, madre. Yo sólo hago la limpieza –respondió torpemente el Hombrespejo.

Con esta respuesta, la monja Adriana quedó desilusionada. Se dirigió a su habitación y se encerró allí, a llorar casi toda la tarde. El Hombrespejo insistió en verla, pero ella no abrió la puerta. Al día siguiente se la topó en uno de los corredores del convento.

–Sé que la he decepcionado –atinó a decirle–. Sólo vine a despedirme.

La boca de la monja Adriana lucía tan desmedidamente sensual con el sufrimiento que el Hombrespejo se sintió confundido. No podía distinguir entre la sensualidad y el amor, entre el respeto, los sentimientos nobles y los sentimientos bajos. Se despidió de ella y descendió rápidamente las escaleras que iban a dar a un jardín. A llegar ahí se sentó bajo un naranjo. Los pajaritos cantaban y se posaban en sus hombros. La Madre Superiora lo notó triste y fue a

ofrecerle una taza de café caliente y a entregarle el dinero ganado por su trabajo, que él no aceptó.

Después de su estadía en el convento, el Hombrespejo soportó los trabajos más humillantes y ya no pudo más. Comenzó a pedir limosna y un día uno de los amigos suyos del dancing bar lo reconoció y lo invitó a su casa. El Hombrespejo le estuvo contando sus penurias mientras el amigo, tratando de sacarlo del abatimiento, puso música, sirvió vino y cocinó una deliciosa cena. El Hombrespejo se fue alegrando progresivamente, hablaba de cosas bellas y reía. Su risa nerviosa comenzó a inquietar al amigo. De todos modos fueron entrando cada vez más en el calor de una conversación festiva, donde se percibían los destellos de la alegría de vivir. A medida que esta alegría se producía, el amigo fue presenciando el fenómeno más curioso de cuantos hubiesen podido ocurrir ante sus ojos: al Hombrespejo le fueron apareciendo los rasgos de la cara. Justo en el momento en que esto ocurría, el amigo se lo hizo saber. Incrédulo, el Hombrespejo se palpó el rostro para encontrar allí su nariz, sus ojos y su boca, su cabello y sus orejas. Y los ojos, ante todo los ojos, con que vio claramente cómo el resto de su cuerpo iba adoptando la forma brillante del azogue.

EN LÍNEA

Su permanente necesidad de usar el teléfono le llevó del inalámbrico al radio-contacto y de éste al celular, y de éste a otro celular más liviano y pequeño, y de ahí a otro modelo que no fuese necesario pulsar o sostener en la mano. Puesto que ya no le hacía falta hablar personalmente con nadie se hizo un implante telefónico cerebral que lo mantiene todo el día hablando consigo mismo en la sala del psiquiátrico.

ENCUENTROS LEJANOS

Apenas enciende el ordenador, Bill se pone en contacto con el mundo global que se pone en contacto con los otros contactos del mundo en permanente contacto con otros ordenadores que emplean una red complicada en contactarse entre ellos mismos para obtener la información requerida para poder hacer funcionar la primera tecla del ordenador de Bill.

LA NUEVA DROGA

Una comunidad tecnológicamente ultradesarrollada estaba completamente convencida de que el televisor podía darle lo que la vida no. Al constatar esto, sus ciudadanos se sumergieron tranquilamente en las aguas de aquel sueño artificial procurado por la nueva droga que, de vez en cuando, les permitía el lujo de asomarse a la realidad, por lo cual debían cancelar unas altísimas tarifas de consumición al Gobierno Federal, que estaba descubriendo y haciendo por entonces el gran negocio del siglo.

EL SECRETO DE LA INMORTALIDAD

Al fin, después de tantos y tantos años de meditación y trabajo, lo había conseguido, había dado en el centro de la cuestión. Ese era, seguro, el momento para el cual había estado trabajando en los últimos meses.

Se encontraba leyendo, sentado en el sofá de siempre, en la parte trasera de la farmacia; se levantó colocando el libro que tenía entre las manos en una mesita; se quitó los anteojos y, antes de dirigirle la palabra a su mujer, farmacéuta de profesión como él –que veía televisión desde otro sofá colocado frente al suyo– miró aquella cara inexpresiva y se preparó bien, antes de impresionarla. Quería sacarla de ese estado fingidamente lelo en que se sumía cada vez que por la noche se sentaba allí y parecía no advertir nada de cuanto ocurría a su alrededor. Impresión virtual pues en realidad pretendía tener un control casi absoluto sobre las cosas prácticas que le rodeaban; el televisor era sólo una excusa para concentrarse en otras cosas, como una tregua para premeditar todo o anticiparse a los acontecimientos.

–Ángela –dijo por fin Alberto–. Creo que al fin he dado con el secreto; ya sabes, se trata del proyecto en que he venido trabajando en los últimos años: creo que he descubierto el secreto de la inmortalidad.

La mujer despegó por un instante la vista del televisor y le respondió desde el sofá:

–Estás hablando por hablar, Alberto. Ya lo hemos intentado de sobra y sabes que eso no se puede.

–Fíjate –contestó Alberto, inclinándose para tomar

de la mesa una pequeña pastilla—. Voy a tomarme este veneno ahora mismo y verás que nada ocurre.

Ángela se conmocionó. Ella misma había preparado esa pastilla y se asombró cuando Alberto se la colocó en la lengua y luego cerró la boca. Al ver que Alberto caía de espaldas sobre el mueble, sintió desconfianza pues no sabía que Alberto supiese que la pastilla era un veneno, en vez de una píldora para dormir. Ella misma la había puesto ahí. Miró la cara de Alberto (quien tenía los ojos cerrados) con desconfianza. Pocos minutos después fue abriendo los párpados, se incorporó y le dijo:

—La que yo preparé es de acción retardada. Tú estarás muerta en unos diez minutos, si mis cálculos no fallan.

Ángela había tomado su píldora una hora antes. Cuando la acción de la pastilla comenzó a tener efecto y Ángela sintió que la respiración se le dificultaba, alcanzó a decirle a Alberto:

—Ahora tienes que explicarme... qué significa... toda esa pendejada... de la inmortalidad... y cómo hiciste para... neutralizar... el efecto de... mi pas...ti...lla...

—Es imposible, Ángela, y tú lo sabes bien. Nadie puede conseguir el secreto de la inmortalidad. Pero tengo el consuelo de que a mí la muerte tuya alargará lo que aún me queda de vida. Ya lo sabía todo, por supuesto: cambié la píldora en el último momento.

Ángela expiró con los ojos abiertos, frente al televisor.

Alberto salió de la farmacia, aguardó en la puerta al taxi que lo llevaría al sitio donde lo esperaba su amante, su nueva mujer, y después de ahí marcharon directamente al aeropuerto.

EL FIN DEL MUNDO

Primero lo había oído mencionar como una broma; luego como una imagen falsa o simplemente literaria; después un viajero le dijo que había estado cerca del fin del mundo, y esa era la experiencia por antonomasia. Era imposible describir aquella sensación de infinitud recorriendo todo el cuerpo, le explicó el viajero, poniendo en sus manos un mapa y un amuleto. Después de oír esas palabras, preparó el viaje.

Durante años vagó por todos los paisajes posibles: se perdió en los desiertos, navegó en los mares más turbulentos y atravesó sus infinitos horizontes hasta casi perder la razón; respiró el corazón húmedo de las selvas intrincadas; contempló las montañas nevadas y las llanuras hasta saborear la esencia misma de la nada; conoció la soledad rabiosa de las multitudes urbanas y la tenue gracia de la pobreza en su último esplendor, y los banquetes donde la carne joven de las mujeres se abría; conoció la iluminación divina frente a los grandes templos.

Un día quedó tan atónito frente a uno de estos paisajes que no pudo mantener el equilibrio y cayó a un abismo. Había llegado al fin del mundo.

Una vez abajo, en el fondo de los fondos, se supo ya cumplido y muy alegre, pues se había convertido en uno de los primeros hombres en averiguar el secreto de un verdadero comienzo.

DIÁLOGO EN UN BAR

–La vida no tiene sentido.

–De acuerdo: no lo tiene.

–Entonces, ¿para qué vivimos?

–Vivimos sólo para eso: para vivir, no hay más nada.

–O quizá para morir.

–No, eso es otra cosa. La muerte es independiente.

–Mientras vivimos vamos muriendo. Eso lo sabe todo el mundo.

–Pero no nos damos cuenta.

–Sólo cuando estamos viejos nos parece que es así, aunque ya sea tarde. No necesitamos ese consuelo porque ya hemos vivido.

–Por eso te digo: la vida no tiene sentido.

–Eso no puedo contradecirlo. Aunque lo dices con cierto tono fatalista.

–¿Fatalista yo?

–Sí. Hablas como si la vida tuviera que poseer un sentido. ¿Sentido de qué?, me pregunto.

–Pues de crear, de amar, de tener hijos... qué sé yo.

–Eso es otra cosa. Son cosas sin sentido también.

–Ahora el que sueñas fatalista eres tú.

–Tal vez. Aunque nadie puede considerarme un escéptico.

–Ahora sí parece que estamos entrando en asuntos filosóficos.

–A lo mejor ese sea el mejor sentido de la vida: el de notar su sinsentido.

–No, eso me parece una paradoja fácil.

–Sí, una paradoja, pero no fácil.

–Como si fuésemos la broma de algún dios.

- Sí, algo así.
- Entonces estamos de acuerdo.
- De acuerdo.
- Hasta luego.
- Hasta nunca.

LA VIDA

Fue engendrado y no se dio cuenta. Nació sin percibirlo siquiera (apenas por aquella fuerte nalgada), creció sin saber que existía algo llamado la muerte. En la escuela un niño como él le dijo un día la verdad: la vida se acababa, tenía un fin. Y su madre, la única persona incapaz de mentirle, se lo confirmó.

Vivió como pudo. Conoció la alegría, el amor, el entusiasmo, y también el temor, la angustia y la tristeza. Pero no sabía el rango de estos sentimientos, aunque más adelante supo que era imposible el amor sin conocer el temor, ni la verdadera alegría sin saber lo que era estar abatido.

Luego se preparó para morir. Pasaron los años y, presintiendo ya cerca la muerte, no la aceptaba: la evitaba, le huía aunque la sabía inevitable. Le hizo resistencia hasta el último momento.

Pero murió.

Murió total, completamente. Luego, fue engendrado y no se dio cuenta.

ALMUERZO

Al fin el fallo del jurado se producía, sentenciando la culpabilidad del hombre que había dado muerte al marido de Clara. Ella, enterada de esto, llegó al restaurante puntualmente, a reunirse con su abogado. Mientras almorzaban, el abogado le dijo:

–Entiendo tu nerviosismo, Clara, pero ya puedes estar más tranquila: al fin se ha resuelto el caso.

–Sí, he estado muy tensa últimamente. Pero todo salió bien gracias a ti, que descubriste al culpable y le vas a hacer pagar.

El abogado asintió. Luego le preguntó:

–¿Qué te pareció la comida?

–Realmente muy buena. ¿Quieres café? –preguntó ella.

–Sí, por favor.

Mientras lo bebía, Clara sacó de su maletín el diario de la mañana y se lo extendió.

–Quiero que veas esto –le dijo.

El hombre tomó el periódico y se acomodó a leerlo.

–No veo nada especial en estas noticias –dijo.

Después comenzó a toser.

–Me siento mareado, no sé qué me pasa –dijo.

–Yo sí sé qué te pasa, asesino –dijo ella, levantándose, mientras el abogado caía de su silla asfijado, aflojándose inútilmente la corbata.

EL MOMENTO MÁS IMPORTANTE

–La fecha más importante de la historia es el nacimiento de Cristo –le dijo un borracho a un hombre en una taberna pobre, pero muy concurrida y alegre.

–Sí, tienes razón –le respondió el hombre, tomándose un trago antes de levantarse del banco de la barra.

Primero lo bendijo.

Después, se fue a hacer sus milagros.

HOMENAJE A MONTERROSO

Cuando el tiranosaurio rex despertó, el dinosaurio ya no estaba ahí.

TODO ESTÁ COMO ES

Cada vez que muere alguien en algún sitio, nace un ser humano en otra parte. Eso explica el hecho de que el mundo nunca esté completamente equilibrado.

LA PELOTA EN EL BLANCO

El abuelo lanza la pelota. Esta da cinco rebotes en la plaza y va a dar a las manos de una niña, su nieta. Ella ahora la toma y la arroja otra vez a su abuelo, quien, pese a un esfuerzo considerable, no logra atajarla. La pelota rueda un poco entre los pies del abuelo y éste, al intentar recogerla, resbala y está a punto de caer. Tambaleante, el abuelo recoge la pelota y se dirige con ella al banco de la plaza más cercano. La niña –de cinco años– se cerciora del cansancio de su abuelo, se le acerca y le besa.

–No importa, abuelito –dice.

–Intentémoslo otra vez –dice el abuelo, mostrando la pelota.

–Bueno –dice la niña. Y se aleja a una distancia prudencial.

Lanza la pelota. Ésta rueda, pasa de largo cerca de las piernas de la niña y va a dar más atrás, a las manos de una mujer. Es una mujer joven, hermosa. El abuelo se acomoda bien los anteojos para descubrir en ella un rostro conocido: es el rostro de su hija, la madre de la niña.

Ahora esta mujer lanza la pelota a otra mujer situada más atrás. El abuelo la ve y reconoce, con esfuerzo, a otro rostro familiar: es el rostro de su mujer, de su esposa, la madre de su hija. Ésta es quien ahora sostiene la pelota en sus manos. Las tres esperan a que ésta última arroje la pelota hacia alguna parte, pero no, la retiene largo rato y no la lanza hacia ningún lado.

Todos aguardan pero ella está detenida, como paralizada en ese instante. El abuelo la mira a la cara,

la mira fijamente exigiéndole la pelota, pero la mujer descubre en el hombre un gesto recriminatorio, el mismo que había venido repitiendo en los primeros veinte años de su existencia; un gesto de castigo, de obediencia sumisa, sin explicaciones. Es la misma mirada que tuvo hacia la hija temerosa, la cual no tenía otro remedio que obedecer, traerle el café o las pantuflas, dejarse desnudar y acariciar en las noches. Ella lloraba bajo amenaza, apretando los labios y soportando aquel peso sobre su cuerpo.

Al recordar esto, la mujer mira la cara de su padre, y en vez de observar la piel cetrina y los ojos de este anciano calvo, de barba desaliñada y apariencia enjuta e indefensa, ve con odio aquella mirada cruel de antes. Entonces decide lanzar la pelota a su hija. La nieta se cerciora de que su abuelo (que es a su vez su padre, aunque ella nunca lo sabrá; ella, lo único importante para él de esta miserable vida) está al borde de la acera y divisa al gran camión que se acerca en esa dirección. Entonces la niña deposita en ese balón todas sus fuerzas. Lo arroja y el balón va directo a la cabeza calva, casi reluciente, del anciano. El viejo cae hacia atrás justamente antes de que el enorme camión pase. Las ruedas avanzan y arrollan el cuerpo, y la hija siente que su hija, con la oportuna ayuda de su madre, han logrado vengarla.

COSTUMBRES DE LOS RESUCITADOS

Desde niño oí con temor el famoso asunto de la resurrección. Mi mente infantil imaginaba los mil modos en que los muertos iban a volver de la tumba y a salir de los sepulcros, y ninguna de estas formas me parecía convincente. Casi todas se reducían a cadáveres abriendo ataúdes y arrastrando guiñapos. Estos muertos tenían la forma de ánimas en pena, momias, lázaros y todo tipo de personajes de novela gótica. No existía ninguna imagen precisa, verosímil, de resurrección. Ni cristianos, ni mahometanos, ni budistas, ni viejos alquimistas: ninguna religión me dio una visión clara de aquel hecho tan importante. Detestaba aquella imagen apocalíptica según la cual en el fin del mundo los muertos ocuparían el lugar de los vivos. De qué manera iba a ocurrir, no lo sabía, pero de que ocurriría, ocurriría.

Pasó mucho tiempo. El asunto dejó de preocuparme. Y un día, por fin se me reveló en un sueño.

Los muertos malos no resucitan, me dijo un noble esqueleto. Pero los muertos buenos resucitan a unos cinco metros por la superficie de la tumba o, mejor dicho, en la superficie del terreno donde está el cuerpo enterrado aparece una luz que va adquiriendo la forma de una nube. La nube se va iluminando poco a poco y despidiendo el cuerpo del difunto hacia el aire, en ráfagas breves pero compactas.

El cuerpo es plano y transparente, parecido al de los fantasmas. Casi siempre está feliz y va con ropa de todos los días, con camisa, zapatos y pantalones de diario; así es como a los resucitados les gusta

vestir de nuevo en este mundo. Pero ojo: sólo vienen como visitantes por unos cuantos días; hacen lo que quieren y se van otra vez, no se sabe a dónde.

Una cosa es segura: nunca vuelven otra vez a la tumba original.

EL HAMBRE

La situación no podía ser peor para aquel matrimonio. Endeudados hasta los huesos y sin trabajo, Laura y Alfredo ya habían agotado todos los recursos para recuperar su antiguo estatus de clase media, sin suerte. Primero negociaron sus pocas joyas y cuadros; luego vendieron casi todos sus enseres para poder pagar el alquiler y los servicios. Quitaron dinero prestado a los amigos para saldar las cuentas atrasadas y no podían endeudarse ya más. Meterse en nuevos débitos con los bancos era casi una actitud de suicidio económico.

Un día llegó en que no tenían nada qué comer. Le agradecieron a la junta de profesores en el colegio que se hiciera cargo de la manutención de sus hijos por unos días, mientras la situación se emparejaba.

Un caluroso mediodía Laura y Alfredo se hallaban solos en casa, con la única compañía de la sirvienta, quien se encontraba en ese momento en la cocina pintándose las uñas. Ya le habían advertido que no tenían cómo pagarle, pero ésta ya les había dicho que no le importaba, que se quedaría hasta el fin, apoyándolos. Alfredo se sintió muy nervioso y salió a la calle a buscar algo, una tienda donde pudieran fiarle algunos comestibles, quizá.

Laura se quedó en casa, intranquila. Dio una vuelta por la cocina y vio a la mucama, tan acostumbrada a comer poco o a no comer, que casi no notaba la diferencia. La miró con lástima y desprecio a la vez, y fue acercándosele poco a poco. La mucama se seguía pintando las uñas sentada en un taburete, con

las piernas desnudas. Laura no resistió y le mordió un muslo. La muchacha se quedó quieta, disfrutando de las nuevas mordidas de la señora a sus jugosas piernas morenas.

Al poco rato entró Alfredo a la casa, que apenas había conseguido una ensalada. Entró a la cocina y vio el banquete que se daba su esposa; entonces se sentó a comer muslos con ella, mientras la sirvienta daba cuenta de la deliciosa ensalada de Alfredo, y no se ocuparon de otra cosa hasta la noche, a la hora de la cena, en que los niños llegaron con sus abuelos a saludarles y sólo encontraron el montón de huesos y sobras.

DOLORES

Cuando se enteró de que tenía metástasis, la joven y bella Dolores no quiso recibir más tratamiento médico.

–Dejemos que la metástasis avance y siga y llegue hasta donde tiene que llegar –dijo Dolores, sin ningún rastro de tristeza, sino más bien con firmeza y coraje.

Evitaba Dolores a la gente que venía a consolarla con gestos lastimeros. Prescindió de las medicinas y trató de llevar una vida normal.

Sin embargo, a los pocos meses se sintió mal y tuvo que ser llevada a la clínica. Allí estaba el joven médico que la deseaba hacía tanto tiempo, sin fortuna. Era un tipo suficiente, cínico, millonario gracias al cáncer de los otros.

Una vez Dolores estuvo cerca de aquel médico, le tomó con todas sus fuerzas en los brazos y le dio un largo beso en la boca. El médico en ese instante creyó haberla conseguido, pero sólo logró absorber completamente la metástasis.

ACUERDO MATRIMONIAL

La pareja entra en crisis. Esta vez en crisis terminal. Primero han hablado mucho; luego han decidido callar por meses. Se respetan y toleran, pero no pueden mirarse francamente a la cara. Pasan por alto las pequeñas molestias, para que los niños no se enteren. Cumplen con sus trabajos y obligaciones dentro y fuera de casa; aceptan, cada uno por su lado, invitaciones eventuales: ella más que él, de hombres a veces arrojados y guapos. Él sale con alguna compañera de trabajo a almorzar pero sobre todo con amigos a compartir unos tragos, y se emborracha más rápido que de costumbre.

Ella se viste con lo mejor que tiene, sale flamante en las mañanas. Él a veces se pone demasiado talco en los pies o demasiada colonia. Todo se está yendo fuera de raya: el café ha empezado a derramarse, los objetos a caerse de las mesas, la música a sonar muy profusamente o a no sonar. Esto les está costando mucho, en verdad, sin embargo han hecho un esfuerzo para hacer una cita fuera de la casa y sentarse a conversar en serio, un día y a una hora precisos.

Ahora están el uno frente al otro.

Ella: Bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla.

Él: Bla, bla, bla, bla, bla.

Ella: Bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla.

Él: Bla, bla, bla.

Ella: Bla, bla.

Él: Bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla.

Ella: Bla, bla, bla, bla, bla.

Él: Bla, bla, bla, bla, bla.

Ella: Bla, bla, bla, snif.

Él: Bla, bla, bla, snif.

Ella: Bla, bla, buu!

Él: Bla, bla, gulp!

Ella: ¡Buuu!

Él: Plaf.

CIRUGÍA DEL OTRO

Abraham se mandó hacer cirugía para rejuvenecer. Se quitó arrugas; se veía mejor, pero su rostro de antes había desaparecido. Le consultó al cirujano la posibilidad de mantener sus antiguos rasgos, pero el médico le dijo que los cambios hechos, hechos estaban. No me gusta este rostro, doctor, podría usted hacerme otro, exigió. Sí, cómo no, repuso el médico, tenemos variantes que podrían gustarle, y le mostró en la computadora combinaciones que, aun cuando no satisfacían plenamente las expectativas de Abraham, podían conducirle a algo cercano a sus deseos. La operación se realizó, aunque tampoco resultó como se había previsto, por lo cual el nuevo rostro de Abraham tuvo que conformarse con evadir los espejos. Pasó el tiempo y ya Abraham no se reconocía como Abraham, de modo que adoptó un nuevo nombre, Pablo. Mudó de ciudad, de oficio y hasta de prometida.

Vendió la tienda de ropa que había venido administrando por años y montó una relojería; se separó de Lola para unirse a Josefina. Poco a poco se fue acostumbrando a su nueva condición, y en el negocio de relojería le estaba yendo mucho mejor. El tiempo, implacable, quiso disipar para siempre al otro justo cuando Pablo el relojero caminaba por las calles de Jerusalén y, en el recoveco de una callejuela, en medio de un mercado de víveres, vio a Abraham atendiendo unas frutas. Seguro de que era él, le llamó por su nombre. Abraham respondió amigablemente, preguntándole por sus cosas y obsequiándole a Pablo

una pequeña cesta de naranjas. En gesto de amistad, Pablo se sacó su reloj de oro de la muñeca y se lo entregó a Abraham.

Pablo peló y mordió una de las naranjas de la cesta y Abraham se colocó en la muñeca el reloj pulsera de oro que Pablo le había obsequiado. Al hacerlo, el segundero dejó de andar. Abraham recuperó entonces su antiguo rostro y Pablo volvió a ser el frutero que había sido antes de montar la tienda de ropa.

EL LABERINTO

Al salir del primer tramo del laberinto, al hombre le esperaba lo más difícil en el segundo tramo: entrar a sí mismo.

EL HOMBRE QUE INVENTÓ EL AJEDREZ

Se hallaba conforme con su invención, luego de haber estado perfeccionándola durante veinte años. Sin embargo, pensó que algo le faltaba. Dudó por un momento, dio algunas vueltas, se rascó la cabeza y finalmente se decidió, avanzando en el tablero hacia la posición P4R, para plantarse un rato frente a su oponente: un peón negro y de su mismo tamaño.

LA PRUEBA IRREFUTABLE

Hoy soñé que había muerto. Esa es la prueba irrefutable que dejo a los demás acerca de mi seguro paso por la tierra.

LA MUJER MÁS BELLA

Estaba parada en el umbral de la puerta de su casa, que abría por primera vez. Se esforzó en mirar a la muchedumbre: todos la veían, pero ella no veía a nadie.

INMORTALIDAD

Era una señora que no quería morir nunca. Tenía obsesión con la salud y visitaba hospitales y clínicas y familiares de médicos y enfermeras y paramédicos y farmacéuticos. Era una mujer sana pero, como no quería morir nunca, se la pasaba comprando medicinas en la farmacia para tomarlas con rigor o las recomendaba a otros. Los medicamentos comenzaron a surtir efecto cuando se sentía realmente mal, pero cuando se sentía bien los medicamentos le desarreglaban el cuerpo; poco a poco comenzó a inventarse males y enfermedades, y consultaba opiniones. Se fue haciendo vieja sin darse cuenta, sin saber que tenía una salud de hierro.

Los medicamentos la dejaron ciega, le debilitaron los huesos y los músculos, le hicieron sufrir dolores abdominales y jaquecas. Los médicos le diagnosticaron varios males juntos y pronto habría que operarla. Empezaron por tratar de extraerle un pequeño quiste que tenía en el oído, pero al abrirla para extraerle el quiste encontraron que tenía en el interior de la cabeza un tumor maligno; estaba allí desde su nacimiento, un tumor grande que ocupaba casi la mitad de su cabeza, y la dejaron así.

La señora vivió sana sin operarse hasta los 99 años, hasta el día en que dijo que se sentía de maravilla, tenía sueño, y se acostó a dormir.

SUICIDA

Érase un hombre que siempre quería suicidarse. No tenía el valor de hacerlo: apenas imaginaba que iba muriendo, se acostaba y soñaba y retomaba su idea de suicidio, que le mantenía sano las doce horas hábiles del día, y luego lleno de sueños placenteros durante toda la noche.

BYBLOS

Érase un profesor que no podía vivir sin libros. Cuidaba, atesoraba, adoraba literalmente sus volúmenes. No tenía esposa ahora, los hijos estaban lejos, sus padres fallecidos. Su biblioteca lo era todo para él.

Una noche en que dormía sintió un olor extraño: era de humo, que salía de su biblioteca ardiendo, y el fuego amenazaba extenderse por el resto de la casa. Salió de ella huyendo, viendo cómo la biblioteca ardía y sintiendo gran goce, infinito placer pensando en cómo iría a rehacer su biblioteca.

FOBIA

Un hombre prefería morir que esperar en clínicas u hospitales. Cuando enfermaba tenían que llevárselo con ataques de hospitalitis y atenderlo en casa.

El hombre extendió su hospitalitis a los médicos. Uno de ellos, amigo de confianza, le convenció de su mal y poco a poco se dejó tratar su fobia. Fue remitido a un psicólogo, luego a un psiquiatra: todos oyeron sus insistentes relatos acerca de la angustia humana acumulada en pasillos, de todos los lamentos tragados por los lavamanos, de las lágrimas de dolor adheridas a tantas paredes, de las almas de los niños muertos que iban a dar a los depósitos, de los clamores inútiles de los descabezados, de los triturados, de los desahuciados de cáncer, de los fallecimientos de bellas jóvenes por infartos y de los imperdonables accidentes en los quirófanos.

Comenzó a padecer de una afección respiratoria que le impedía hablar bien y, cuando le examinaron, hallaron un enfisema avanzado, causado por el hábito de fumar.

Tenía entonces dos alternativas: morir a causa del cigarrillo o morir debido a su fobia por los hospitales.

Siguió fumando y salvó su vida.

BULIMIA

Decidió enfrentarse definitivamente al resultado de su bulimia; lo vio frente a ella y se dejó absorber por él hasta el punto de hacerse diminuta, nadando en el lago que ella misma había producido, se internó en el denso líquido que iba tomando cada vez un olor más embriagador, nadando a amplias brazadas en su profundidad. Cuando salió a la superficie vio su propia cara y su gran boca abierta. Entró en ella y se atrevió a pasar más adentro. Llegó a su garganta y avanzó hasta su esófago y luego descendió por la laringe hasta el estómago, donde se sentó un rato a pensar cuál sería el mejor remedio para su mal.

Ahí mismo se dio cuenta de que acababa de ocurrírsele una idea genial.

LA MUERTE

–Fue una cosa increíble vivir –le dijo Gabriel a su hermano antes de expirar.

–Sí, es algo increíble ver vivir a alguien y luego verlo morir dentro de su propio sueño.

–No estoy dentro de un sueño –dijo Gabriel–. Esta vez me refiero a la vida de la vigilia, a la vida real.

–Precisamente, Gabriel, la vida real es increíble –le respondió su hermano.

–Tienes razón –dijo Gabriel–. Ahora tengo tanto sueño...

ENTRE ÁNGELES

Dos ángeles regresan volando, uno del cielo y otro del infierno, y coinciden por casualidad en una nube, donde se sientan a descansar.

–¿A dónde te diriges? –le pregunta al otro el que viene del cielo.

–Al cielo. ¿Y tú?

–Al infierno.

–¿Entonces, qué hacemos aquí?

–Pues nada –dijo el que venía del cielo–. Me imagino que contribuyendo al fortalecimiento de la naturaleza humana.

–Sí, estoy de acuerdo. Feliz viaje al cielo entonces, amigo.

–Y tú, que disfrutes de un buen recorrido por el infierno. Nos vemos aquí a tu regreso, en esta misma nube, ¿te parece?

–Seguro.

EL RELOJ HECHIZADO

Una muchacha muy bella llamada Marta pasaba frente a una joyería y vio allí un reloj; quedó tan hechizada con éste que entró a la tienda a preguntar su precio, y era tan elevado que no lo habría podido adquirir ni con el ahorro de varios años. Lo quería para regalarlo a su novio Daniel, de quien estaba perdidamente enamorada.

Cuando le confesó esto al propietario de la joyería, éste le propuso sin rodeos que se lo daría a cambio de que pasara una noche con él, en su lecho. Al principio, la muchacha se sintió ofendida, pero después lo pensó bien. Tendría el reloj y a su novio feliz, y se fue a la cama con el joyero, que se llamaba Melquíades. Más tarde, Melquíades conoció a Daniel y se enamoró de él, y Daniel también del joyero, a tal punto de que dejó a Marta por éste.

Marta estaba abatida pero recuperó el reloj y lo llevó puesto un tiempo, hasta que un hombre adinerado, llamado Ismael, se enamoró de ella, le propuso matrimonio y ella aceptó. Como no tenía nada que regalarle a un hombre tan rico, le obsequió el reloj; inmediatamente Ismael se prendó de éste y despreció a Marta, antes de casarse con ella. Marta, desconsolada y buscando aliviarse de todo, se casó con un joyero mucho más rico –acaso el más rico del país– un anciano que tenía su establecimiento en otra ciudad. Quiso olvidar así a Daniel y a Ismael.

Un día el reloj se detuvo e Ismael lo llevó a reparar. En la relojería el joyero quedó prendado del reloj y le ofreció comprárselo. Ismael no quería venderlo pero

el joyero –llamado Lucas– le ofreció la jugosa suma de treinta mil dólares, e Ismael cedió y se lo vendió. Cuando la mujer del joyero lo vio, lo reconoció: era el reloj que ella, Marta, se había llevado hacia años de una lejana joyería a cambio de su dignidad.

Inmediatamente, Marta lo colocó en el suelo y, ante la vista de muchos clientes, le asestó un martillazo tan fuerte que el impacto hizo volar el reloj en pedazos por toda la joyería. Su marido el joyero, que se llamaba Arturo, barrió las pequeñas piezas él mismo, las recogió con una pala y las puso sobre un trozo de papel periódico, luego las envolvió y tiró en una bolsa roja, que arrojó a un tacho público de basura, en la calle. Por fortuna, el camión del aseo urbano pasaría a recogerla a las nueve en punto de la mañana, como siempre, hora que aquellas agujas no podrían marcar nunca más, ni a ejercer su fatal hechizo. Marta y Arturo constataron a esa hora que esto sucediera, regresaron a la joyería y desayunaron felices, como nunca antes lo habían hecho.

Luego que la bolsa roja con los restos del reloj estuvo dentro del camión y el conductor –que se llamaba José– arrancó, experimentó a los pocos minutos una sensación extraña en el cuerpo. José detuvo el camión y se bajó de él para observar cómo las fauces trituradoras de la máquina engullían las bolsas de basura, entre las cuales destacaba una de color rojo en cuyo interior se oía un débil tic tac, seguido de un triste y lejano sonido de campanadas.

Índice

Fetiches	3
Adiós a las armas	4
Eterna juventud	6
La gran jaqueca	7
El viejo Félix	8
Pequeño cielo	10
Supervivencia	11
El método deductivo	12
La mano	13
La verdadera historia de María Lionza	15
Amor natural	19
Los labios de Diana	21
Manías del pensamiento	23
La responsabilidad del bebedor	24
El mejor aprendizaje	25
Juan Coronel, lector	26
Agorismos de Gabriel Kraus	28
La importancia de ser un autor, según Daniel Kraus	31
Monólogo de Gabriel Kraus	32
El hombrespejo	34
En línea	38
Encuentros lejanos	39
La nueva droga	40
El secreto de la inmortalidad	41
El fin del mundo	43
Diálogo en un bar	44
La vida	46
Almuerzo	47
El momento más importante	48
Homenaje a Monterroso	49
Todo está como es	50

La pelota en el blanco	51
Costumbres de los resucitados	53
El hambre	55
Dolores	57
Acuerdo matrimonial	58
Cirugía del otro	60
El laberinto	62
El hombre que inventó el ajedrez	63
La prueba irrefutable	64
La mujer más bella	65
Inmortalidad	66
Suicida	67
Byblos	68
Fobia	69
Bulimia	70
La muerte	71
Entre ángeles	72
El reloj hechizado	73

© De la edición, Caravasar Libros (2017)
© De la edición, Gabriel Jiménez Emán
© Copyright 1998 y 2017 Gabriel Jiménez Emán

Imagen de contraportada: selfie realizada en Salamanca, España (2016).

Portada, edición y diseño: Armando José Sequera

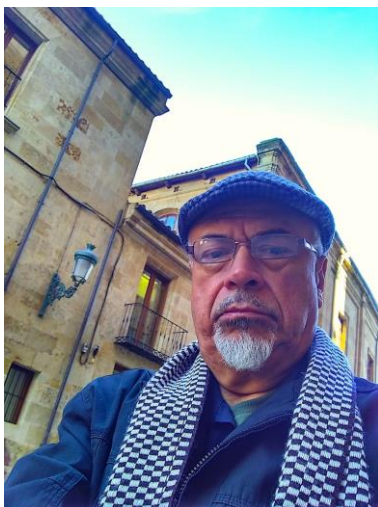
Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sin el consentimiento de su autor.

Distribución gratuita

PROHIBIDA SU VENTA

Todas las obras, libros y cuadernos, publicados por **Caravasar Libros** son gratuitos y pueden obtenerse en nuestro blog:

www.caravasarlibros.wordpress.com/



Gabriel Jiménez Emán nació en Caracas el 21 de junio de 1950. Narrador, poeta y ensayista venezolano. Entre sus libros de relatos se cuentan **Los dientes de Raquel** (1973); **Saltos sobre la soga** (1975); **Los 1001 cuentos de 1 línea** (1980); **Relatos de otro mundo** (1988); **Tramas imaginarias** (Premio Municipal de Narrativa, Caracas, 1990); **Biografías grotescas** (1997); **La gran jaqueca y otros cuentos crueles** (2002); **El hombre de los pies perdidos** (Thule, España, 2005); **La taberna de Vermeer y otras ficciones** (Alfaguara, 2005) **Había una vez...101 fábulas posmodernas** (Alfaguara, 2009); **Divertimentos mínimos. 100 textos escogidos con pinza** (2011); **Cuentos y microrrelatos** (Monte Ávila, 2012); **Consuelo para moribundos y otros microrrelatos** (Rótulo, Yaracuy, 2012) y **Ficciones, fábulas y microrrelatos** (La Habana, Cuba, 2016).

En el campo novelístico es autor de **La isla del otro** (1979); **Una fiesta memorable** (1991); **Mercurial** (1994); **Sueños y guerras del Mariscal** (2007); **Paisaje con ángel caído** (2004) y **Averno** (2007); la novela breve **Hombre mirando al sur. Tributo al jazz** (2014), fue publicada en España por editorial Menoscuarto con el título de **El último solo de Buddy Bolden** (2016); **Limbo** (2016).

Como poeta es autor de los libros **Materias de sombra** (Premio Monte Ávila de Poesía, 1983); **Narración del doble** (1978); **Baladas profanas** (La oruga luminosa, 1993); **Proso estos versos** (1998); **Historias de**

Nairamá (2007); **Balada del bohemio místico. Obra poética 1973-2006** (2010) y **Solárium y otros poemas** (2015). Sus libros de ensayos son **Diálogos con la página** (1984); **Provincias de la palabra** (1995); **Espectros del cine** (1998); **Una luz en el camino. Fundamentos de ética para adolescentes** (2004); **El espejo de tinta** (2007); **El contraescritor** (2008), **Impreso en la retina. Crónicas de un adicto filmico** (2010) y **Ser, dolor y utopía en César Vallejo** (2017).

Es autor de las antologías **Relatos venezolanos del siglo XX** (1989), **El mar en la poesía venezolana** (1990) **Ficción Mínima. Muestra del cuento breve en América** (1996), **El ensayo literario en Venezuela** (cuatro volúmenes, 1991), **Noticias del futuro, Clásicos literarios de la ciencia ficción** (dos volúmenes, 2010) **En micro. Antología del microrrelato venezolano** (Alfaguara, 2010).

Ha representado a Venezuela en eventos, ferias del libro y congresos en Caracas, Atenas, Oporto, Buenos Aires, Paris, Salamanca, Quito, Santo Domingo, Bogotá y Medellín, y obtenido varios premios y reconocimientos por su trabajo literario, entre ellos el Premio Municipal de Narrativa del Distrito Federal, el Premio Lazo Martí de Poesía, Premio Nacional de Narrativa Orlando Araujo, Premio Nacional del Libro de Venezuela, Premio Nacional de Ensayo del Estado Mérida, entre otros. Sus poemas y cuentos han sido traducidos al francés, inglés, alemán, italiano y ruso, e incluidos en antologías de Europa y América. Ha trabajado como editor independiente y como traductor del inglés. Colabora con las revistas culturales web **Crear en Salamanca** (España), **Agulha** (Brasil), **Incomunidade** (Portugal), **Margutte** (Italia), **Letralia** (Venezuela), **Isla Negra** (Chile), **Arquitrave** (Colombia) y en varios blogs de Argentina, Venezuela y Colombia. Varios de sus cuentos han sido llevados al cine y al video.

Es director de Ediciones Imaginaria, Fábula Ediciones y Director-editor de **Imagen**, Revista Latinoamericana de Cultura, en el Ministerio de Cultura de Venezuela.

Reside en Coro, estado Falcón, Venezuela.

Email: gjimenezeman@gmail.com

Blog: www.gabrieljimenezeman.blogspot.com

CARAVASAR LIBROS